

PARROQUIA SAN FRANCISCO SOLANO (Nro 51)

Solano tiene su historia.

Sí. Solano tiene una historia. Una rica historia que fuimos desgranando en las entregas de nuestro boletín parroquial. De los comienzos, tenemos los datos de archivo de la Arquidiócesis, pero desde 1938 contamos con testimonios personales que iremos volcando para afirmar que “Solano tiene su historia”.-



I.- El 12 de octubre de 1928 la parroquia San Francisco Solano comenzaba a funcionar en la capilla Nuestra Señora del Carmen, en Rodríguez Peña 840, jurisdicción de San Nicolás de Bari. Su primer párroco fue Mons. Ernesto Vallaza. El primer casamiento se realizó el 2 de enero de 1929 y el primer bautismo el 5 de enero del mismo año. El domicilio de los bautizados y contrayentes rondaba la zona de las Avenidas Córdoba y Callao, donde la parroquia estaba emplazada.

El 27 de enero de 1932 se trasladó a la sede de Escalada 1150, donde funcionaba la capilla Nuestra Señora de Lourdes, en el salón de actos del Barrio Mihanovich de casas baratas de la Unión Popular Católica, actualmente la parroquia Santa María Teresa Goretti.

Siendo su párroco el P. Sebastián Zoppi (entre 1929 y 1933), éste adquirió el terreno y recolectó los fondos para el nuevo templo y casa parroquial en su emplazamiento actual, en Zelada 4771. Esta tarea la continuaron los párrocos que lo sucedieron: el P. Luis Brasesco (1933-1936) y el P. Reinaldo Etschein (1936-1938). El 30 de abril de 1938 se consagró el templo y se ocupó como sede definitiva. Recientemente se cumplieron 75 años de este hecho (2013). En esta ubicación su primer párroco, entre 1938 y 1947, fue el P. Alfonso Mariano Donniss.

II.- Comenzamos esta historia con el invaluable testimonio de Mons. Domingo Castagna, que publicó, en “Semblanzas de santidad sacerdotal” (Editorial Claretiana) un sentido recuerdo del P. Donniss y que aquí reproduciremos.- En ese entonces, el niño Domingo Castagna vivía con su abuela en la calle Ramón Falcón, entre White y Medina. Ordenado sacerdote en 1955, pasó por varias parroquias de la ciudad de Buenos Aires, siendo ungido obispo en 1978 por el papa Juan Pablo II. Se desempeñó en la arquidiócesis de Buenos Aires y en 1984 fue designado obispo de la diócesis de San Nicolás de los Arroyos. En 1994 el Papa Juan Pablo II lo promovió a arzobispo de la Arquidiócesis de Corrientes. El 27 de septiembre de 2007 el papa Benedicto XVI acepta su renuncia presentada de acuerdo al Derecho Canónico, convirtiéndose en arzobispo

Emérito de Corrientes y Administrador Apostólico de la misma Arquidiócesis. Pasamos a leerlo:

“Al santo cura “desconocido”. En Francia, como en otros países, se erige una tumba al *“Soldado desconocido”*. Allí se recuerdan a los héroes anónimos que ofrecieron sus vidas por la Patria. Se me ocurrió hacer una semblanza del santo sacerdote *“desconocido”*. En él intento reunir a tantos hombres santos que murieron silenciosamente en el ejercicio cotidiano del ministerio sacerdotal. Me referiré a un sacerdote de carne y hueso, que escribió su propia página en la historia de la Iglesia de Buenos Aires, que vivió oculto en una parroquia de la periferia y que murió hace cincuenta años en el silencio y la pobreza. Su nombre, que muy pocos recordarán, es ALFONSO MARIANO DONNIS, antiguo párroco de San Francisco Solano y Canónigo de la Catedral Metropolitana de Buenos Aires. Fue mi párroco cuando yo era un niño; vio nacer y crecer mi vocación sacerdotal, la cuidó y me condujo al Seminario. Pudo verme ordenado sacerdote y asistió conmovido a mi primera misa. Cuando concluí la redacción de la semblanza de Mons. Zazpe me pregunté cuál sería la próxima. Inmediatamente emergió el recuerdo del Padre Donnis, figura humilde, a quien sus hermanos presbíteros le aplicaban el sobrenombre de *“el santo”*.

El santo descubierto por un niño. Mis recuerdos se remontan a más de sesenta y cinco años atrás. Los niños éramos especialmente atendidos por el Vicario Cooperador (*el P. Edgardo Kolm, párroco desde 1947*), un joven sacerdote, fallecido hace pocos años, cumplidos sus noventa años de edad. Nos atraía su juventud y cercanía. No obstante, era el padre Donnis quien despertaba nuestra admiración infantil, con su excepcional piedad y su profunda humildad. Siendo el Cura Párroco, entendíamos que, aunque silencioso y manso, era el superior inmediato del sacerdote joven. Con el tiempo, especialmente a partir del traslado del Vicario, el padre Donnis se manifestó, ante nuestra mirada, con su personal temple virtuoso. Nos confesábamos con él, lo asistíamos en la santa Misa, bodas y bautismos. A mí me designó *“monaguillo oficial”*. En virtud de esa responsabilidad me apresuraba a presentarme, cada mañana, para asistirlo en la Misa y acompañarlo en sus visitas a los enfermos. Dedicaba las tardes a mis tareas escolares. Ya conocía mi propósito de ser sacerdote, por ello, cuando le solicitaban atender a algún enfermo me tomaba de la mano y susurraba a mi oído: *“Vení, vos tenés que aprender”*. ¡Y bien que aprendía! Sus mínimos gestos eran registrados por mi mirada de niño sorprendido y grabados en mi conciencia. Lo observaba rezar durante el trayecto, habitualmente a pie y, al arribar a la casa del enfermo, desplegar toda su bondad y delicado empeño de Pastor. Cuando sobrevenía la

muerte y debía consolar a los acongojados parientes, ¡con qué ternura sabía abrazarlos y confortarlos!

Profundamente piadoso. Después de tantos años, ¿qué podría destacar de aquel venerable sacerdote? Necesito volver a mi niñez, pero, con la experiencia de los casi setenta años transcurridos. Al recordarlo rezar devotamente su Rosario - casi de continuo - y el Vía Crucis, empujando con cuidado la silla de ruedas de su anciana madre paralítica, no me quedan dudas de su alto grado de unión con Dios. Cuando lo cruzábamos, con el breviario abierto ante sus ojos, nos detenía para comentarnos algún sabroso texto del Apóstol San Pablo o de las vidas de los santos. La mirada sencilla de aquel humilde cura contemplaba, como naturalmente, a Dios. Lo testimoniaba con simplicidad, especialmente al ejecutar algunas acciones de su ministerio. Recuerdo que su confesionario estaba asediado por penitentes de toda edad, particularmente por hombres adultos. Me asombraba la nutrida fila de señores que se arrodillaban por turno ante aquel hombre de Dios para confesarse y recibir el perdón. En la celebración de la Misa manifestaba un singular fervor; sus formas parecían desgarradas, pero correctas y piadosas. Tenía la costumbre, antes de quitarse los ornamentos, de desplazarse, con toda la comunidad, hacia el altar de Nuestra Señora del Carmen. Allí rezaba varios responsos por los difuntos y la Salve. Yo me mantenía firme a su lado, sosteniendo el calderillo con el agua bendita.

Ejemplar humildad. La humildad era su virtud característica. Su trato bondadoso con todos, y su extraordinario afecto y delicadeza hacia los niños, saltaban a la vista. Nos observaba jugar, sentado en el umbral del templo, con verdadera satisfacción; a veces desgranaba silenciosamente su gran rosario. Los niños lo rodeábamos bulliciosamente. En una oportunidad, según testimonio de su entonces Vicario Cooperador, un señor se detuvo divertido, mientras él manipulaba un revolver de juguete, que había tomado de uno de los niños. Apuntó sorpresivamente a su sonriente y desconocido observador y le dijo: “*Usted...hace mucho que no se confiesa... pero, antes debe bautizarse*”. Ese hombre, confundido, se entrevistó con el Vicario y le aseguró que el padre no lo conocía y que, efectivamente, no estaba bautizado. Parecía leer las conciencias. El mismo Vicario, que estaba tratando confidencialmente con su director espiritual su ingreso a la Compañía de Jesús, fue sorprendido durante una comida: “*Vas a hacerte jesuita*”. No podía saberlo, me aseguró aquel Vicario, muchos años después. Su reacción fue inmediata: “*No, padre, ¿cómo se le ocurre?*”. El padre Donniss le repitió con serena dulzura: “*Sí, lo sé, vas a ser jesuita*”. El mismo sacerdote, ya ingresado en la Compañía de Jesús, me aseguró: “*El Padre Donniss tenía “cosas raras” como éstas*”.

Su vida enseñaba a amar a Dios. Cuando murió su madre, estando yo en el Seminario Menor, me autorizaron a acompañarlo junto a quienes habían ingresado conmigo bajo su conducción. Lo imaginé muy afligido y ensayé un gesto adusto, propio de las circunstancias. Me impresionó su paz y serena conformidad. Experimenté el influjo de su gozo sobrenatural, nacido de la convicción de que su mamá estaba en el cielo. En aquel velatorio y exequias se respiraba un clima de fiesta pascual en el que no había lugar para la tristeza. Escuché de sus labios palabras admirables a quienes le ofrecían sus condolencias. Aquel hombre sencillo, que había decidido su vocación siendo ya maduro, tenía una forma de enseñar que hacía irrefutable la Verdad que formulaba. Su vida enseñaba a amar y a conocer a Dios sin necesidad de largas e ilustradas exposiciones teológicas. Recuerdo sus homilías desde el púlpito, como era estilo de la época; lo observé conmoverse, transmitiendo con simplicidad lo que vivía en el silencio de su corazón creyente. Vuelvo a recordar el testimonio del sacerdote jesuita que había sido su Vicario: algunas personas se acercaban a manifestarle, con lágrimas en los ojos, que el padre Donnis había descrito, durante la homilía, su complicada situación espiritual. Dios otorga a sus fieles sacerdotes, en circunstancias especiales, el don de orientar y consolar a quienes se acercan a ellos. Este hombre simple no parecía ser consciente de intuir los estados de ánimo, y, sin proponérselo, ofrecía a quienes lo trataban las respuestas más adecuadas.

Enfermo y retirado. Su salud, siempre muy frágil, motivó la renuncia a la querida parroquia de San Francisco Solano. Desde entonces, nombrado Canónigo, ascendía cotidianamente al tranvía que lo conducía a la Catedral. Esos viajes, me confesó, le permitían despejarse y aliviar sus frecuentes dolores de cabeza. Se alojaba en un pequeño departamento, atendido por su piadosa ama de llaves, doña Margarita. Pude visitarlo con bastante frecuencia. Me invitaba a tomar el té y a sostener largas conversaciones espirituales. Sabía dar lo que recibía de Dios en su admirable recogimiento y soledad. Recuerdo haberlo visitado días antes de mi Ordenación sacerdotal. Al despedirnos, como lo hacía habitualmente, me dijo: “*Te voy a dar una bendición... la próxima vez vos me la darás a mí...*” Me puse de rodillas y sentí sobre mi cabeza sus manos cálidas y temblorosas. Lo recuerdo, vestido con su traje coral, asistiendo piadosamente a mi primera Misa. En el momento del besamanos se acercó humildemente con los fieles a besar las manos recién ungidas de su antiguo “monaguillo oficial”. Falleció estando yo ausente de la Argentina, algunos años después.

Exponente de otros santos desconocidos. Como conclusión quiero ofrecer una breve reflexión. No puedo decir mucho más sobre el querido

padre Donnis. Es lo que ocurre con quienes, por su vida virtuosa, se convierten en “*palabra viva*”. Conservo un misal diario, de su uso y propiedad, que me hicieron llegar sus familiares apenas se enteraron de mi promoción al episcopado. Entre sus amarillentas páginas encontré: el recor-datorio de sus bodas de plata sacerdotales (17 de diciembre 1932–1957), una fotografía de recién ordenado, otra junto a un amigo sacerdote (que recuerdo muy bien) y algunos viejos apuntes de direcciones y números telefónicos. Me parece verlo escribir, con su letra despatarrada, apoyando su pluma sobre este viejo misal. ¡Qué imagen simple e imborrable la de aquel humildísimo sacerdote! A partir de esa singular visión podríamos reconstruir otras imágenes sacerdotales, virtuosas y sembradoras de virtudes, sumergidas hoy en el olvido de una sociedad moralmente debilitada. Debíamos recordar a esos hombres y destacar los frutos de su ministerio sacerdotal: “*por sus frutos los conocerán*”. Son quienes han conservado la fe y han preferido el anonimato, alentados por la esperanza de una recompensa superior a todo premio y homenaje. El padre Donnis es un exponente de ese ejército incontable; la antítesis de otros pocos malintencionadamente presentados por algunos medios como si no hubiera santos -los más- a quienes la Iglesia y el mundo deben el beneficio de la credibilidad de la palabra predicada y de la doctrina. La santidad es el testimonio que el mundo espera de los cristianos para creer (San Juan Pablo II). Es capaz de vencer el hecho doloroso e inocultable del mal testimonio, sea cual fuere el responsable del mismo. Es honesto presentar a los incontables santos sacerdotes que atestiguan la eficacia de la gracia que hace santos a los humildes. El padre Donnis es uno de ellos; a quien la gracia de Jesucristo hizo lo que fue, como a San Pablo”. **Mons. Domingo Castagna - Arzobispo emérito de Corrientes.-**



Al continuar con la época en que fue párroco el citado padre Alfonso Mariano Donnis (1938-1947), damos lugar ahora a los vívidos recuerdos de Alberto Humani, un protagonista de la historia parroquial, y, desde otra óptica, al magistral testimonio de Mons. Osvaldo Santagada, actual párroco de San Gabriel Arcángel.-

III.- “Debo remontarme a cuando, de manos de mi madre, traspuse los umbrales de mi parroquia. Ni bien atravesé el atrio, una sensación, mezcla de misterio y sorpresa embargó mi almita de niño. El espacio profundo de las tres naves franqueado, a lo lejos, por la belleza de esas tallas en madera que componían el altar mayor, iluminado en ese

momento por velas y una lamparilla roja, casi imperceptible, que señalaba el lugar del Santísimo.

Fui descubriendo, lentamente, las imágenes y orientado por mamá, comencé a conocer la tan mentada “Casa de Dios”. Fue toda una etapa de conocimiento: el transitar tan espaciosos lugares y conocer a personajes inolvidables, como doña Alicia, la que iba a ser mi catequista. Una adorable tucumana que derramaba amor en sus enseñanzas. Así, con absoluta profundidad, descubrí a Dios.

Recuerdo el encuentro con el padre Donnis: inolvidable, espontáneo, acariciando mi cabeza. Mamá era asidua de la vida parroquial y con los años descubrió el camino virtuoso que, seguramente, hallaría digna recompensa al final de sus días.

Ahí conocí a mis compañeritos, muchos de los cuales, también lo eran de la escuela primaria. Con ellos llegué a un 8 de diciembre, día de la Virgen, en que recibí la Primera Comunión. Aunque parezca muy raro... todos los 8 de diciembre y dos ó tres días más en el año, nos encontramos en la parroquia para escuchar la Misa de Acción de Gracias, de ruegos por los que nos dejaron y recibir la Eucaristía. Luego, confraternizamos en largos y amables almuerzos, también con nuestras esposas.

EL PADRE DONNIS.-

Vuelvo al Padre Donnis. Era incansable; todo lo hacía. Desde temprano, luego de batir las primeras campanadas -la primera a las 7- daba la Comunión a unos pocos feligreses que debían adelantarse para “ir al trabajo”. Luego, el Padre celebraba la misa “de semana” a las 7 y media. Los domingos, con la colaboración de los Curas Vicarios, confesaban y daban las Misas de 7-8-9 (la de los niños) y la de 10. Con los años se agregó la de 11.

Pasada la Primera Comunión, y con la participación de aspirantes de la Acción Católica, nos incorporamos a los niños de *perseverancia*. Era el primer eslabón de una cadena que, a través de las edades nos integraría a la comunidad parroquial.

Las chicas también integraron esa etapa y muchas de ellas se incorporaron al Coro de niñas y jovencitas. Don Serafín Díaz era el que lo formó y dirigió. Este excelente músico, interpretaba diversos instrumentos. Uno de ellos era el armonio, con un sonido parecido al de los órganos de tubos, que se enriquecía con la acústica de la iglesia, y favorecido por la interpretación del violín por parte del Señor Rodríguez Díaz. La experiencia musical de Don Serafín Díaz permitió elegir voces de un coro de gran calidad interpretativa que acompañó no sólo las misas parroquiales sino que también actuó en eventos especiales en otras parroquias. Don Serafín Díaz compuso el himno “Confesor San

Francisco Solano. Honor por siempre a tu memoria bendito apóstol del Señor...”

El padre Donnis, luego de las misas de semana y acompañado por alguno de sus monaguillos, visitaba a los enfermos del barrio con dedicación apostólica. Compartía con los familiares del doliente amenas conversaciones, que eran parte de su tarea evangelizadora.

Era un excelente y buscado confesor. Recuerdo las largas filas de hombres que hallaban, no sólo la absolución, sino también sus consejos sabios y consuelo a sus problemas. Cuando relatábamos sobre los feligreses tempraneros “de las 7” no aludimos sobre la importancia que tenía el sacramento, al principio del día, para hombres solos, generalmente inmigrantes españoles e italianos que vinieron buscando trabajo que les permitiera ahorrar para luego hacer inmigrar a sus otros familiares. Por ello, fue muy meritoria la tarea de aliento para estos solitarios fieles que encaró el padre Donnis.

Dedicación especial tuvo para estimular vocaciones sacerdotales. Durante el período que ejerció como párroco prosiguieron ó iniciaron su preparación: Mons. Juan Mario Phordoy, Padres Maffezzini , Curotto y posteriormente el Padre Santagada. Durante ese período también ingresó al seminario Mons. Domingo Castagna, Arzobispo emérito de Corrientes. Donnis preparó eficientes monaguillos. Recordamos algunos de ellos como ser: Arditi-Belard-López-Téramo-Giménez.



Interior del templo desde 1938

La vestimenta de los monaguillos era larga, de color rojo-bordó ribeteados los contornos con “marabú” blanco. Para las ceremonias de casamientos y bautismos el vestido era de color celeste. Para los primeros se engalanaban con flores los altares: ramitos con flores y moños las puntas de bancos y una larga alfombra que, cruzando el atrio, llegaba hasta el cordón de la vereda. Desde la entrada se cubría el espacio hasta el cordón, con una marquesina de telas y cordones de color rojo bordó.

El Padre Donnis, con fervor incansable, inició la formación de: Las ramas de la Acción Católica, Las Hijas de María, la Congregación Mariana, el Apostolado de la Oración, los Vicentinos (precedente de Cáritas), y la muy importante Liga de Madres de Familia.

Aquí me detengo y vuelvo a los recuerdos personales. Después de la etapa de Perseverancia ingresamos a la Congregación Mariana y a los aspirantes de la Acción Católica. Nos reuníamos semanalmente en lo que es hoy la sala de la Secretaría parroquial. Fueron mis delegados Juan Luis Tamborini y Carlos Raúl Vago. Con ellos, luego, integramos los Jóvenes de la Acción Católica, y, en un Día de Cristo Rey, recibimos el tan ansiado distintivo que oficializaba nuestra pertenencia. Ahí pasaron a ser nuestros delegados Adrián López Duró y Luis Sánchez quien, posteriormente, ingresó al seminario.

En un tibio atardecer acompañamos a Luis hasta la puerta de donde comenzaría su carrera sacerdotal. Un abrazo de cada uno fue la despedida más emotiva de mi vida adolescente. Luego, y durante años, lo encontrábamos los fines de semana que le concedían en la parroquia y compartía algunas de nuestras reuniones. Se ordenó y ofició su primera misa el 18 de Septiembre de 1954. Priorizó en su sacerdocio la ayuda a enfermos y necesitados.

Por nuestra edad y por concurrir a la misma escuela, “Gobernación de La Pampa”, compartí con Enrique Melchior y Heber González la música, interpretando las armónicas, y el ajedrez. Aunque no eran compañeros de escuela compartíamos la pasión musical con nuestros delegados “Yany” Tamborini y Juan Carlos Lucugaray.

Nuestro asesor de Acción Católica era el padre Edgardo Kolm que oficiaba de Sacerdote Vicario. Tenía un trato agradable y encendido mensaje que nos contagió a todos desde los principios de la juventud. Despertó otras vocaciones como la del dominico Campese.

Volviendo al padre Donnis, quiero resaltar su dedicación a la oración. La parroquia tenía siempre sus puerta abiertas y allí lo veíamos a él, transitarla con su rosario o leyendo su breviario. Eran las pausadas caminatas de “El santo”, sobrenombre que, según Mons. Castagna, le habían puesto sus hermanos presbíteros.

El templo es grande, la vivienda y los fondos también, por lo que se necesitaba ayuda para tenerlos prolijos y aseados. Había mucha colaboración de señoras del barrio, de las catequistas, el sacristán Rogelio, el Sr. Robles y otros como los señores Berard y Phordoy, este último especializado en luminarias y cuestiones eléctricas. Para tareas de albañilería “el bueno” de don Albino Mascetti siempre estaba dispuesto. Le guardamos el mejor de los afectos y un lugar especial en el rincón de

los recuerdos. En fin, la solidaria colaboración de muchos fieles siempre fue nota distintiva en nuestra comunidad parroquial.

El padre Donniss se incorporó de bastante grande al seminario. Ordenado en 1932, fue designado titular de la parroquia al ser consagrada el 30 de abril de 1938, día inolvidable para el barrio. Mons. Santiago Luís Copello fue el que “inauguró” San Francisco Solano. Mucho hizo este recordado cardenal para cristalizar el sueño de que esta inmensa barriada de Villa Luro tuviera parroquia propia.

El padre Donniss fue párroco hasta 1947, pero desde 1942 su salud se fue deteriorando. Hizo una temporada de recuperación en Mar del Plata. Hacia fines de ese año, con pasión y mucha fuerza, fue cumpliendo con sus tareas. Avanzada su enfermedad se mudó a la vuelta, en la calle Cajaraville, donde lo atendía doña Margarita, siendo ayudado por quien continuaría como párroco, pues hasta el momento ejercía como Vicario Cooperador. En 1947 Donniss es nombrado Canónigo y, diariamente, cuando se sentía bien, tomando el tranvía iba a la Catedral”. **Alberto J. Humani.-**

IV.- Mons. Santagada: “cuando murió Donniss, sentí que Buenos Aires había perdido a uno de sus mejores sacerdotes”.

“Conocí al P. Donniss antes del año 1950. Era párroco de San Francisco Solano desde hacía un tiempo. No tengo los datos para hacer su biografía. Ni seguramente quienes esto lean quieren una reseña de sus fechas. Era yo un adolescente en busca de Dios. El P. Alfonso era un personaje especial. No sé bien yo si era humilde porque estaba enfermo, o estaba enfermo porque era humilde y se tragaba todo. Sin embargo, irradiaba esa sencillez en toda su persona.

San Francisco Solano en esos años era una simple parroquia de barrio y su párroco no tenía pretensiones. No era un predicador de nota, ni un inventivo, ni un creador. Donniss era un santo. Simplemente eso. Supongo que ni se daba cuenta. De lo que sí tenía consciencia era de llamar a ser santos a quienes quisieran oírlo. Para un adolescente que lo veía de lejos, celebrando la Misa en el altar, su llamado no podía resonar aún, tanto más que mi mundo católico no había sido modelado por la oración.

Cuando se mudó a la calle Corro, ya tuve ocasión de conversar con él desde otros puntos de vista. Era entonces canónigo de la Catedral de Buenos Aires, cuando los canónigos formaban un cabildo, antes que desaparecieran y fueran sustituidos por el consejo presbiteral diocesano.

Su discurso no había cambiado: el católico debe ser santo. De lo contrario, no puede dar testimonio ni puede iluminar al mundo. Los jóvenes, para él, debían escuchar con atención la voz de Cristo que los llama al sacerdocio.

Me impresionaba que no quisiera pintar el sacerdocio con colores alegres y tintas atrayentes. En cambio, hablaba del camino de la cruz, del dolor, de la soledad, de seguir a Jesucristo en su debilidad. No intentaba “pescar” vocaciones a la fuerza. Excepto, por supuesto, en quienes veía una pasta especial. Así fueron al seminario varios muchachitos de la parroquia: Castagna, Curotto, Maffezzini y otros.

Llamaba la atención en el mismo seminario que de una persona tan sencilla y de una parroquia de los confines, pudiesen entrar tantos seminaristas. Empero, en el Seminario se respetaba a Donnís tanto o más que a los “famosos” asesores de la Acción Católica.

Recuerdo que me escuchaba con atención y se interesaba por cuanto yo leía. Me decía que debido a su pésima salud, lo único que hacía – y no del todo bien – era rezar el Breviario, es decir, el Oficio de salmos, himnos, lecturas bíblicas y oraciones que cada cura debe cumplir diariamente. Como tenía un largo viaje en tranvía hasta la Plaza de Mayo, podía dedicarse dos horas a esa tarea, una a la ida y otra a la vuelta.

Le decía yo: ¡qué riqueza sería para los laicos rezar ese Breviario! Algo que él no compartía, pues los jesuitas sólo pedían lo mínimo para satisfacer la obligación. Entrar en el mundo de los salmos, de la exégesis bíblica no era lo suyo. Era un contemplativo, que leía una frase y se quedaba absorto: *¡Señor mi Dios, te busco desde la aurora!*

Cuando murió, sentí que Buenos Aires había perdido a uno de sus mejores sacerdotes. **Mons.Osvaldo D. Santagada, párroco de San Gabriel Arcángel”.-**

V.- El padre Alfonso Donnís fue párroco hasta 1947, año en que su teniente cura, el P. Edgardo Kolm lo sucede. Estuvo al frente de la parroquia hasta 1958. Fue un período de gran actividad como lo resume el propio P. Kolm en el próximo capítulo.

Luego, continuaremos en los siguientes con las ricas vivencias de Marta Boatti de Veiga, que nos facilitó fotografías ciertamente históricas, y culminamos con el testimonio, siempre detallado, de Alberto Humani.

VI.-

A) INSTITUCIONES.

Existían, pujantes, las 4 ramas de la Acción Católica: Mujeres, Hombres, Jóvenes y Señoritas, con las correspondientes secciones: Niñas, Niños, Adolescentes, Aspirantes, Aspirantas, con sus delegados, reuniones de formación espiritual, paseos, actos variados.

Apostolado de la Oración de hombres y mujeres.

Congregación Mariana de jóvenes: espiritualidad y visita a los hospitales.

Hijas de María: formación, reuniones sobre temas de actualidad, colaboración en diversas tareas apostólicas.

Congregación de la Doctrina Cristiana: integrada por los catequistas de Primera Comunión y Perseverancia.

Liga de Madres de Familia: con las características que señalaba el reglamento.

Conferencia de Vicentinos: conjunto de hombres que actuaban como la actual Cáritas, más la reunión semanal de oración e informe de la atención de los necesitados.

Colegio de acólitos (monaguillos)

Coro polifónico.

B) OBRAS REALIZADAS.

El salón de reuniones para clases de catecismo, representaciones teatrales varias, números vivos, celebraciones patrias. Cine permanente los domingos en 2 secciones: para niños y mayores. Decoraciones en el templo: destacadas escenas de color de pasajes evangélicos, diseñados por el eximio pintor Prof. Ahmentov. También se colocaron dos grandes cerámicas a los lados de la entrada del templo, una con la imagen de la Virgen de Luján y otra del Santo Patrono.

Eficientemente y con cálida solidaridad, colaboraron en la tarea parroquial los tenientes curas Pbro. Baldussi, Cariolo, Pratessi y otro que después optó por la reducción al estado laical. Junto a ellos, laicos de toda edad que con gran entusiasmo, generosidad y notorio sacrificio, se brindaban para colaborar en la vida parroquial. Es de destacar la numerosa asistencia de fieles a las misas, procesiones y jornadas diversas.

C) ENTRONIZACIÓN DE LA IMAGEN DE LA VIRGEN EN LOS HOGARES.

Todos los días, el párroco, acompañado de un laico y muchas veces del teniente cura, llevaban la imagen de la Virgen de Luján -previo exhaustivo censo realizado- por las casas. Aunque en muchas parroquias no se le daba importancia, la Junta parroquial con su Asesor creyó que era muy importante esa visita a las familias. Se hacía notar que no había compromiso alguno, obsequiando un café o alguna contribución. Lo principal consistía en dejar la imagen todo un día, con la aceptación inicial y consagración de todos sus miembros. A continuación, por espacio de 10 minutos, se hacía una breve instrucción mariana y evangélica, entablándose muchas veces un diálogo fructífero en un ambiente de cálida solidaridad cristiana. Al retirar la imagen, la misma familia expresaba su compromiso de practicar la religión.

D) VOCACIONES.

En ese período y aún antes, surgieron vocaciones al sacerdocio. Tales fueron el P. Juan M. Phordoy, el actual arzobispo de Corrientes, Domingo Castagna, el P. Maffezzini en las Fuerzas Armadas y el P. Luis Sánchez en la Diócesis de Quilmes.

El Señor haya premiado a sacerdotes y laicos que lo sirvieron entusiastamente en el apostolado de la parroquia y continúe bendiciendo a cuantos siguen, recordando el “Opus Dei” que lograron realizar con el auxilio de la Divina Gracia. **P.Edgardo Kolm (publicado en “Encontrándonos” de junio de 1997).**-

VII.- MI MIRADA EN EL TIEMPO.-

“Al leer en el boletín parroquial de junio de 1997 la reseña histórica de nuestra parroquia, sentí como si el tiempo no hubiera pasado y aquellos acontecimientos estuvieran aquí y ahora.

Mi recuerdo más querido es el del Círculo de Jóvenes de Acción Católica, que tenía su reunión los martes a las 21. Asistíamos más o menos 30 chicas (como nos llamábamos entonces): Tuca Berard, Celia Vázquez, Angélica Ferrer, Rosa Mayotti, María Elena Cossio, Dora Sandoval, Nidia Ruiz, Irma Lara, Inés Carrere, Araceli Granados, Dora y Raquel Presa, Marta Pérez Tornese, Mary Chidichimo, Ilena Auger, Marta Jácome, Lidia y Ángela Tamborini, Norma Mansilla, Norma Moralejos, Martha, Mariana y Beatriz Phordoy, Marta León, Marta Bergoglio, Perla Lozano, Angélica Di Biassi, Elsa Conte, Ángela Mariani, Magdalena Pérez, mi hermana Amanda y yo.

Teníamos grandes ideales. IDEALES, como se llamaba también la revista que editaba el Consejo Arquidiocesano, donde, entre otras,

colaboraba Magdalena Ruiz Guiñazú. Tiempos de creer, de rezar, de comunión diaria a las 7,30 de la mañana, y para los que trabajaban en el centro, a las 7 hs., en que el padre Kolm daba la primera comunión del día antes de la celebración de la misa.

Tiempos de rezar el rosario en el tranvía o en el 49. Me quedó tan arraigado que no puedo subir al colectivo sin ponerme a orar. Tiempos de llevar a la Virgen de hogar en hogar, rezando con las familias. De reunir a los chicos del barrio Alvear, los domingos a las 8,30 de la mañana en la esquina de Directorio y Olivera para traerlos a la misa de los niños a las 9 hs..

Tiempos de reunirnos todos en la Bendición con el Santísimo los domingos a las 19 hs. y después en el salón parroquial a disfrutar la proyección de una película (la televisión no había llegado a estos remotos lugares del mundo). Benditos tiempos en que teníamos la seguridad que la Gracia de Dios nos cobijaba, que la mayor aspiración de las familias era tener un hijo sacerdote. En que durante todo el mes de María llevábamos flores “a porfía”, porque sabíamos que ella era nuestra Madre.

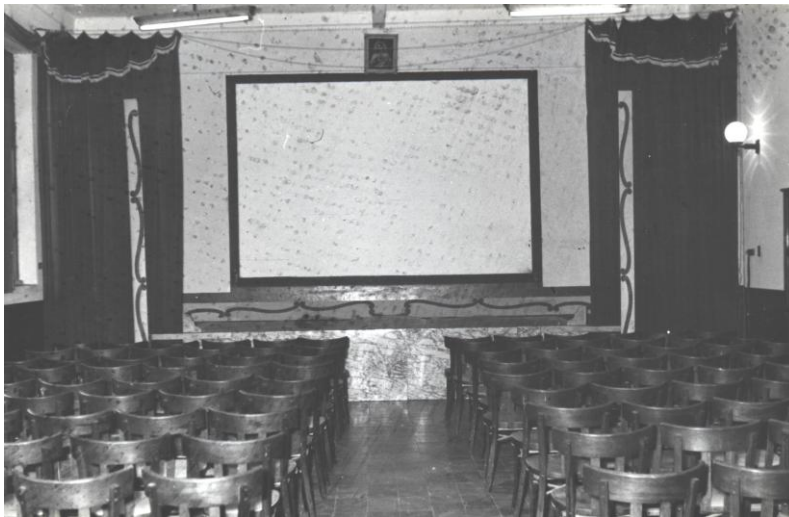
Tiempos en que, en las Fiestas Patronales, cantábamos a nuestro Francisco Solano “*Honor por siempre a tu memoria, bendito apóstol del Señor*”, el himno que compusiera el maestro Serafín Díaz.

Como San Pablo, algún día diremos, con los que nos siguieron, “*Combatimos en buen combate*”. Cada uno llevará en el alma sus vivencias, muchas ligadas a nuestra parroquia, y también nuestros hijos y nietos hablarán del tiempo que les tocó vivir y será bueno y será hermoso. Porque la presencia de Cristo es inmutable, y en ésta, su casa, por su misericordia, estará hasta el final de los tiempos”. **Marta Boatti (publicado en “Encontrándonos” de julio de 1997).**

VIII.- EL PADRE KOLM: UN GRAN EMPRENDEDOR.

“El padre Kolm fue un gran emprendedor, por sus obras -que cambiaron la fisonomía total del templo- y todo aquello que fuera destinado al esparcimiento, las labores de la feligresía y las congregaciones. Es increíble que, en poco más de una década haya dado por ejecutado un emprendimiento avanzado, moderno y de gran utilidad para lo que se lo destinó.

Con ingenio fue incursionando en tareas que hicieran posible el ingreso de fondos. Desde las ventas del diario “El Pueblo”, las populares Ferias del Plato, hasta las grandes kermeses, que se realizaban en los fondos, y las rifas que vendíamos, entusiastamente, los integrantes de todas las Congregaciones. Kolm proponía las obras y encontraba el apoyo de todos. Por eso no había vergüenza en vocear los diarios y ofrecer las rifas no sólo en el ámbito parroquial sino, también, en todo el barrio.



El salón, patios y otras obras fueron inaugurados en 1953

Las kermeses atraían a infinidad de vecinos que, los fines de semana, colmaban los lugares donde diversidad de juegos y entretenimientos favorecían los necesarios ingresos que la vecindad volcaba con agrado. Las obras se veían y eran, muchas de ellas, para toda la comunidad. Prueba de ello fue el de los arreglos en los fondos con espaciosos patios, parrilleros, comedores, salas de entretenimientos y el salón, tan hermoso, que se utilizaría para celebraciones, teatro, proyecciones de cine y otros usos.

Uno de los usos diversos que recuerdo era el de “chocolate con facturas” que preparábamos los aspirantes y los jóvenes de la Acción Católica para los niños del Catecismo. Lo hacíamos en el salón con la colaboración de catequistas y la ayuda solidaria de los dueños de las “7 Esquinas”, la panadería de Alberdi y Bruix, que nos proveía las facturas todos los domingos.



Al finalizar las Misas, desde la de 7, ofrecíamos el diario “El Pueblo”. Para tenerlo temprano había que estar tipo 5 y media de la mañana a buscar, al barrio del Once, los pesados bultos de diarios. Viajábamos en el

colectivo 155 o en el tranvía y subte para traer la carga, sin despreciar que alguna alma caritativa nos llevara con un coche.

El diario “El Pueblo” se editaba diariamente y se expendía en muchos kioskos. Los católicos teníamos, así, noticias con un interesantísimo enfoque cristiano. Siempre recuerdo la hoja deportiva que escribía el muy famoso José María Muñoz. Al mismo tiempo teníamos una buena revista mensual (Criterio) de la cual levantábamos suscripciones.

El salón, patios y otras obras fueron inaugurados en 1953. Es importante recordar a todos los feligreses que, de alguna forma, participaron como mano de obra, trabajando como carpinteros, albañiles, electricistas y otras profesiones. En nuestro recuerdo, también están, aquellos que se dedicaron a conseguir, alquilar y proyectar las películas. Se encargaban de esas tareas los jóvenes: Albornoz, Tamborini y los hermanos Facchini. Una iniciativa muy interesante que propulsaron los Jóvenes de Acción Católica fue la que se realizaba después de la proyección nocturna: el “Cine Debate”.

El salón se prestaba también para instalar los juegos de metegol y Ping-Pong, mientras que en el patio se jugaba al básquet y al fútbol.

La parroquia con el salón y los patios eran, de esa forma, un polo de atracción para niños y jóvenes. Los padres, también comenzaron a asistir a Misas, al cine o simplemente, a acompañar a sus hijos. Varias veces al año asistían para saborear los buenos asados y locros que preparaban don Antonio Milano, su esposa y otros colaboradores. Los padres de familia valoraban el espacio de tranquilidad que les ofrecía la comunidad parroquial.

No era cuestión de salir a buscar niños para las comuniones o para integrar los equipos de fútbol o ingresar en alguna de las Congregaciones.- Todo se producía naturalmente y los niños y jóvenes pasarían a engrosar la “Gran familia de Solano”. El padre Kolm fue un visionario de ese estilo y ha dejado a su paso la impronta de lograr la llegada del Evangelio a los hogares y atraer desde la niñez a todos sus componentes.

Ejemplos los hay a través de lo expuesto, pero valgan otros, como el de llevar el Catecismo y la ayuda solidaria a los carenciados. Un grupo de jóvenes con algún Vicario visitaron las ya existentes “Villas miseria” como las que estaban al borde de la Av. General Paz y la populosa “Ciudad Oculta” en los fondos de la Av. de los Corrales.

Otra tarea evangelizadora, en el barrio, era la de ir censando casa por casa y, de esa manera, establecer un recorrido para, posteriormente, el sacerdote y los jóvenes llevaran la Virgen itinerante de Luján a los hogares. Era una visita de 24, o, a veces, 48 horas.

Noviembre era el “Mes de María”. Las casas tenían, generalmente, jardines y en ellos plantas con flores, que pedíamos para tener todos los días del mes engalanado el altar de la Inmaculada Concepción. Las casas que tenían plantas de azucenas eran muy buscadas por la “flor de la pureza”. Aprovechábamos las visitas a los hogares e invitábamos a llevar personalmente las flores.

LOS CAMBIOS SOCIALES Y GENERACIONALES.-

El P. Edgardo Kolm fue párroco entre 1947 y 1958. Advirtió, con precisión, los cambios que dan título a estas líneas. La nuestra era una barriada humilde, de gente llegada de las afueras, y, también, de muchos inmigrantes, como hombres solos, ahora formando emprendedores matrimonios que, aprovechando lo barato de las tierras, al estar alejados de los poblados tradicionales, y, por haber aprendido los oficios de carpintero y albañil, fueron construyendo precarias viviendas a la que nunca les faltaban quintas de verduras y frutales. Traían una cultura incipiente, en muchos casos, por las dificultades del idioma, otros por haber llegado a la Argentina casi de adolescentes y sin haber tenido la posibilidad de la escritura. Peones, costureras, sirvientas, lavanderas, changarines, buscaron un porvenir algo mejor para sus hijos. La escuela pública de buena calidad, los clubes de barrio, las sociedades de fomento,



las bibliotecas que existían en los barrios y parques y también... las parroquias, brindaron los espacios culturales para que niños y jóvenes accedieran al conocimiento empujados siempre por el esfuerzo de sus padres. En especial, nuestro barrio, contó con nuevas escuelas industriales que brindaban el aprendizaje de oficios que derivarían en operarios calificados, oficiales especializados y ya con la puerta abierta para maestros mayores de obras e ingenieros de variadas especialidades. Durante esa etapa se inauguró en nuestro barrio la importante escuela “Casal Calviño”, un verdadero desafío. También los buenos colegios secundarios a los que tenían acceso las clases populares permitirían formar profesionales de los números y las letras. Era la pasión

de la gente pobre que acuñaba el porvenir en sus hijos. El lector no olvidará aquello de “M’hijo el doctor”.

El ámbito parroquial recibía el apoyo del párroco, sus vicarios y otros que pusieron tierra buena para que fertilizara la semilla de una juventud plena de talento, sedienta de progreso y de servicio solidario para con sus semejantes. Jóvenes que no sólo llegaron a sacerdotes y luego obispos sino, también, los que fueron médicos, abogados, literatos, profesores, y otros con distintas formaciones. Recuerdo, y este ejemplo mucho expresa, que un compañero nuestro de Acción Católica, criado por su mamá que era costurera y viviendo en un altillo, llegó a ser Decano universitario...

LA FIESTA DEL BARRIO.-

La festividad de San Francisco Solano es, siempre, el 24 de Julio. Se celebraba con afectividad y veneración al Santo Patrono.

La procesión por el barrio era maravillosa, bendiciendo en todo su recorrido con la imagen del Santo y las del Sagrado Corazón de Jesús y la Inmaculada Concepción.

Cada congregación portaba su estandarte, asistiendo un gentío muy importante que, saliendo del templo, por Homero, llegaba a Rivadavia, volvía por Mozart o Medina, y, en otras oportunidades, por Escalada. Al regresar se oficiaba la misa en la iglesia, y otras veces en el atrio, pues era una gran multitud la que se congregaba. La larga columna se iba engrosando en su recorrido. Por lo general estas misas eran oficiadas por un obispo que junto al párroco y muchas veces con más sacerdotes, concelebraban la ceremonia.

Si no coincidía la fecha, el domingo posterior al 24 de julio se oficiaba la misa principal. La cuadra estaba colmada por una especie de feria o verbena con kioskos en donde se ofrecían imágenes, estampitas, rosarios y, en otros, rosquillas, platos diversos con las infaltables “pastafrolas” caseras y otras atractivas comidas u objetos. Se disparaban, desde temprano, bombas de estruendo que llamaban a la feligresía. Algo muy pintoresco era el gran conjunto de músicos que componían la Banda. Sus vestimentas eran similares a los uniformes militares. El director consensuaba los ritmos y melodías de marchas y cánticos religiosos ó patrióticos. Era uno de los toques más singulares de esta fiesta.

LA VIRGEN DE LA LETTERA.-

Con un marco muy similar de procesiones que acompañaba una Banda en todo el trayecto, misa de ceremonia y en la calle con alegres y concurridas ferias, se celebraba el segundo domingo de octubre, el día de la Virgen de la Lettera. Era venerada por la comunidad siciliana que había traído de Italia una bellísima imagen que tenía su altar sobre la nave izquierda, a dos o tres metros del ingreso al templo. Su vestimenta era de brocados con hermosos bordados y un aspecto imponente.

En las calles el festejo era colorido con sus cánticos italianos donde no faltaban las populares “canzonettas” bellísimo recuerdo que aún hoy impacta nuestra memoria.

EL TEMPLO.-

El Padre Kolm seguía siendo incesante en sus emprendimientos, pero el que resultó el más grande de sus desafíos fue el del embellecimiento del templo.

Un espectacular “Altar Privilegiado”, construido totalmente en mármol, y, contrastando, del centro descendían tres hermosas arañas de luces hechas con la combinación de bronce y alabastro que iluminaban bellamente toda la superficie; de ese modo se destacaban frente al mármol y las pinturas.

Las columnas del altar eran de un mármol ligeramente verdoso con vestigios blancos. El centro del altar era blanco tipo mármol de Carrara. Imponente, iluminado con luz neón y enmarcado en minicúpula blanca, se alzaba la imagen de San Francisco Solano mientras que, a los costados, estaban dos altares con las imágenes de la Inmaculada Concepción y San José.

Decir que era un altar espectacular no es exagerar. El friso del semicírculo que atravesaba todo el ancho de la cúpula central mostraba al Santo, dentro de un bello paisaje, dando la bendición a los indígenas. Los costados de la gran nave estaban decorados con guardas y motivos religiosos por lo que es bueno destacar que los hermosos murales cubrían toda la superficie del altar mayor, parte de los laterales, púlpito, coro y parte de los altares en que se veneraban otros santos. Esta maravillosa obra pictórica fue realizada por el eximio artista árabe profesor Ahmentov.

Mucho tiempo llevó esa obra. A menudo, en silencio, me acercaba a ver al artista que, en los andamios portaba una gran paleta con óleos multicolores que aguardaban las sabias pinceladas del maestro. Creo que la decoración de nuestra parroquia era, desde todos los puntos de vista

artísticos, muy envidiable para todo lo hecho hasta esos momentos en arte religioso.

Una parroquia de barrio tuvo la satisfacción de albergar una excelente muestra de cómo se podía venerar a este valiente andaluz que desde muy lejos y habiendo pasado por muchos contratiempos llegó a nuestras tierras.

TIEMPOS DIFÍCILES.-

Los jóvenes de la Acción Católica eran muy solidarios y hubo un hecho que lo destacó en forma elocuente. El 11 de junio de 1955 en Plaza de Mayo y hacia la Catedral, una gran multitud, pocas veces registrada, se encolumnó en una silenciosa marcha: era la procesión del Corpus Christi. Fueron tiempos difíciles para la Iglesia que había sido asediada por una ley del Congreso del mes de mayo que proponía la reforma constitucional que promulgaría la separación de la Iglesia y el Estado. Al mismo tiempo, el Poder Legislativo derogó la antigua ley de Enseñanza Religiosa.

El triste 16 de junio trajo la muerte de muchos inocentes civiles por parte de una asonada militar. Concluyó con hechos lamentables, pues varios piquetes profanaron y dieron fuego a la Curia, la Catedral y varios conventos e iglesias del casco histórico.

En nuestra parroquia se pasaron difíciles momentos. El padre Kolm recibió amenazas de incendio. Los jóvenes fueron alertados y, de común acuerdo, procedieron a recluirse en la iglesia trayendo consigo elementos que pudieran detener un posible incendio.

Algún tiempo convivimos con nuestro párroco. Al principio las reuniones y celebraciones se hacían a escondidas y luego vino la tranquilidad y con ella la normalidad. Durante ese tiempo conocí otra faceta de la vida del padre Kolm. Caminando toda la nave izquierda, como muchos años antes había visto al padre Donnis inmerso en la lectura del breviario, pasaba largas horas en la oración. Recuerdo cómo esa actitud nos fue contagiando y dentro del compañerismo que nos unió a él y los otros sacerdotes, maduraron nuestros corazones para orientar nuestras vidas hacia la acción que era la meta propuesta en nuestra participación parroquial.

Al padre Kolm lo seguimos, aún después de que nos dejara en 1958 y fuera nombrado para la parroquia de Santa Julia. Hacia el año 2002, ya consolidado nuestro grupo de “los que recibimos, por primera vez la Eucaristía en la década del 40”, lo encontramos por un acontecimiento fortuito, en la capilla del sanatorio Santa Isabel. Prontamente organizamos un encuentro y en una misa de Acción de Gracias y

camaradería volvimos a recibir la comunión que nos dio nuestro recordado asesor.

Posteriormente nuestras visitas eran a un asilo de la calle José Bonifacio donde estaba alojado. Recibió el llamado del Señor el 24 de febrero de 2004.

De él me hicieron portador de un antiguo Libro de Actas de las Jóvenes de la Acción Católica fechado en 1942 y un hermoso álbum de este lapso de la historia de nuestra parroquia, que escribí sin oficio pero con pasión, al recordar alrededor de 20 años de mi vida y la de mis amigos.

Durante estas dos décadas conocí amigas y amigos con los que Dios y la vida parroquial me premiaron. En el final de los “Recuerdos” quiero dedicarle a ellos, a los nuevos amigos, especialmente al padre José María y a los chicos Scout, que me recuerdan a aquellos, mis compañeritos de primera comunión, mis hermanos de Acción Católica”. **Alberto J. Humani.-**

-0-0-0-